creadora que engendra todas las formas divinas, iguales á ella misma; y Apolo le vuelve á quemar, porque se suponía que el fuego y el calor eran el único origen de la vida, y que un ser muerto, sólo por el calor podía resucitar.

El carnero viejo que Medea descuartiza en casa de *Pelias*, y que hervido en la caldera se convierte en robusto cordero, es el sol poniente y débil, y supuesto viejo después de su carrera, rejuvenecido en el mar. Es la misma fábula, expuesta de otro modo, á que se refiere Esquilo, según el cual, Medea había descuartizado á los antiguos compañeros de Dionyso, y después de haberlos hecho hervir en una caldera los había rejuvenecido. Siempre la misma idea: el mar considerado como caldera hirviente, y el sol rejuvenido ó recobrando nuevas fuerzas en su paso por el mar. Medea es la luz. Los compañeros de Dionyso son las fuerzas solares.

Phanes ó *Metis*, el dios primogénito, salido el primero, del huevo del mundo, es llamado en los órficos también, Herika-paeos, (Ha-er-ba). Es probablemente el *Brotos* de Hesiodo, que se ha entendido hasta ahora, por el primer hombre.

Del Caos salieron *Erebos* y Nix. Ahora, se puede ya decir con seguridad lo que fué *Erebos*: el día, el sol, el espíritu y la luz de la creación, opuesto á la noche.

A qué más; hasta los nombres secundarios llevan consigo las onomatopeyas: *Eter*, *Hemera*, *Erynnis*, *Kervero*, la ninfa *Britomartis*, *Branco*, el hijo de Apolo, *Frixo*, su mujer *Nephele* y su hija *Hele*, y muchos otros.

En vista de tales coincidencias y adecuaciones, no es posible dejar de convenir en que, la primitiva tradición del hervor forma, por una larga asociación de ideas, toda la trama de la mitología griega.

DIOSES ETRUSCOS, LATINOS

Y SABINOS.

TINA, CUPRA, TAGÉS.

El origen de la civilización etrusca es uno de esos logogrifos que no se han podido resolver aún. Tiene algo de todas las civilizaciones antiguas, y se relaciona por diferentes rasgos, al Egipto, á la Persia, á la Asiria y á la Grecia. Los ornamentos encontrados en la tumba de un sacerdote son asirios y egipcios á la vez; es decir, proceden de una cultura, probablemente anterior á las dos. Estrabón había notado ya la semejanza entre las figuras que cubrían las paredes de los templos tyrrenios y las de los egipcios. Ottfried Muller señala también los vasos de cabeza humana, canopes, el escarabajo sagrado, la flor de loto, etc., en objetos de bronce, etruscos; pero, lo más significativo son esas dos estátuas de la colección Campana, que si hacen pensar en la Persia por sus trajes, parecen tártaras por los rasgos de su fisonomía, y sobre todo, por la inclinación y forma de los ojos.

¿No indicará esto el verdadero origen etrusco en una civilización turaniana, anterior á todas las históricas de los imperios antiguos?

Y si ello es así, como parece, ya no es extraño que

su dios *Suma-nus* sea equivalente al *Juma* samoyedo, y *Tina*, el Dios supremo, una variante del *Tien* chino.

Los romanos, que tanto tomaron de los etruscos, no admitieron sus dos grandes dioses *Tina* y *Cupra*. Tina es la espiración con la *T* eufónica; era, como no podía menos, el alma del mundo y la causa de las causas. El nombre de Cupra no desmiente tampoco su carácter de gran divinidad, pues perfectamente clara conserva la contracción del nombre divino: *Ha* ó *Ka-ber*; por más que se le haya buscado una significación en la lengua sabina: *Cupra*, la *buena*; pero ya sabemos la causa de estas coincidencias.

Cupra es la Juno etrusca.

Dos dioses, parecidos á Baco y á Vulcano, llevaban los nombres *Phuphlun* ó *Fuflum*, y *Sethlan*. La espiración ó soplo está bien marcada en el primero, como en algunos dioses americanos y occeánicos.

Sumanus, (*Juma-nus*,) que llegó á verse instalado en el Capitolio, lanzaba el rayo. Es en nuestro concepto el Juma samoyedo en nombre y atributos. *El Therme* ó Turmis de los vasos es comparado á Hermes, al cual se parece en efecto, por su forma: *Th-ermes*. Por fin *Tagés*, el niño sabio que se aparece al abrir el surco de la siembra, y del que se hizo un revelador misterioso andando el tiempo, sólo fué en el origen, lo mismo que el *Oannés* de Babilonia, una de tantas formas de la espiración.

VENUS.

«Por espacio de ciento setenta años, dice Creuzer en su Simbólica, sirvieron los romanos á los dioses de sus abuelos sin necesidad de imágenes; y cuando hubieron tomado puesto los ídolos en las capillas sagradas, el culto de la gran Vesta perpetuó la memoria de la sencillez primitiva.»

Es, en efecto, el Lacio, uno de los sitios del mundo, donde mejor se conservó la tradición primitiva. Sus dioses llevan todos el sello del soplo y del calor en el más patente relieve.

Una curiosísima costumbre en Roma, durante la ceremonia nupcial, marca perfectamente el sello del origen. Colocábase ante los nuevos esposos un *brasero de carbones encendidos y una vasija de agua*, como homenaje, se decía, á los dos elementos que reproducen y perpetúan la vida. ¿Qué era esto sino un recuerdo del hervor del agua? Un episodio enlazado al gran suceso que había conmovido é impresionado tanto á los primeros padres, y que fuera el origen de la religión, del lenguaje y de la cultura social.

Representar aquella escena durante el casamiento, era el medio de no olvidarla nunca; de traer á los dioses mismos por testigos; de hacer á los esposos pensar en lo solemne y sagrado de la reproducción. Así y todo, los tiempos pasaron, y el verdadero significado de la ceremonia se olvidó.

Se veía en ella simplemente, uno de tantos ritos como tienen las religiones y nada más. ¡Qué lejos estarían los jóvenes novios romanos de apreciar y comprender lo antiguo y transcendental de aquella costumbre religiosa!

Vesta, que hemos dicho, fué *Ber-ta*, *Februo*, el dios de la muerte, *Sorano*, identificado á Apolo, *Palas* (Bar-Pal-as) la diosa de los pastores, *Sumano*, la luz de fuego (el rayo), Jano el dios de los dioses, Faunos y Silvanos (*Jilvanos*, *Ja-er-van-us*) tienen todos en sus nombres y atributos un carácter primitivo de lo más saliente. Algunos epítetos revelan también, la tradición directa del origen: el sobrenombre de Marte, *Cypro*, de que hemos hecho mención, y los de *Murcia* ó *Mirtea* y *Calva*, de Venus. La etimología de estos dos

últimos ha sido diversamente explicada sin éxito, como todas. Mirtia, ha sido *Ma-er-tia* ó *Ma-er-t-ia;* pero Calva tiene una importancia sin igual. Recuérdese que en la lista de términos onomatopéicos, marcando la evolución de los nombres que expresan la idea de *cabeza*, la forma latina es *calva*; de *ha-ber*, *ja-bel*, *ka-bel* (de donde viene el término detenido en ésta, cabello, capillus), *ka-bel*, pasa á *calv-a*, por síncope y metátesis. Calva es, pues, un término de evolución, en latín, del nombre de la divinidad, al mismo tiempo que de la palabra *cabeza*. Este nombre atribuido á Venus es muy significativo, porque indica, lo mismo que el de *Mirtia*, una participación original de los caracteres propios de la onomatopeya del calor en esta divinidad, que habíamos supuesto, al principio, una forma del soplo solamente. Sin embargo, sus atributos tan semejantes á los de *Afrodite* (*Bero-dit*, con la prótasis), dejan pensar que Venus haya podido ser *Ber-us*. Este paso de la *r* á la *n* es normal en los idiomas indo-europeos. La lengua griega ha sacado υδωρ (udor), de una forma anterior, de la misma que el sanscrito ha hecho su término *ûdan*, ¿por qué los latinos no habrían de hacer Venus de *Ber-us?* En este caso todos los atributos y mitos de *Venus* se explicarían mejor.

A Venus, la diosa del amor y de la reproducción de los seres, la conviene más la onomatopeya del calor que la del soplo, aunque esta última lleve consigo también, el sentido de vida universal.

Es cosa digna de admiración ver que estos nombres, tan separados hasta ahora, de Venus y Aphrodita, y tan diferentes en la apariencia, se identifican lo mismo que sus atributos. Lo antiguo y directo de la tradición latina, se manifiesta admirablemente en el hecho de conservar el recuerdo, ó mejor dicho reminiscencia, del carácter divino de este nombre. La aplicación á Venus, del epíteto *Calva* fué acertada, por ser la divinidad que, con más amplitud, representaba el poder generador y fecundante de la naturaleza.

JANUS Y SATURNO.

De *Jan-us*, forma primitiva por excelencia, salen la mayor parte de las otras formas del soplo; entre los fenicios, *Joun* correspondía á *Baal*; en lengua gaélica quiere decir, Señor, Dios, causa primera; los escandinavos llaman *Jon* al sol, y los troyanos le adoraban con el nombre de *Jona*. Todavía en Persia, el sol es *Javnaha*, y *jannan* quiere decir cabeza (1). *Jan*, *Jon*, *Jona*, *Jain*, *Jaungoicoa*, todos parten de la primitiva espiración, y Jano nos conserva en el Lacio su forma natural y más antigua.

Dice Ampere, que si Saturno es el gran dios de los latinos, Jano es el gran dios de los sabinos. Jano y Saturno van casi siempre juntos. Macrobio, Ovidio, Servio, dicen que Jano precedió á Saturno en Italia, y debe ser cierto, porque pasó siempre por el más antiguo de los dioses indígenas, á causa sin duda, de la antigüedad de los sabinos, el pueblo de Jano, llamado por Estrabon un pueblo muy antiguo. Jano representa el origen, el principio. «Yo soy una cosa antigua» hace decir Ovidio al dios sabino.

Esta idea de la alta antigüedad de Jano, confirma lo que hemos dicho de los dioses del soplo. ¿Cómo, sinó, considerarlo antiguo, al lado de Saturno?

El parecido de su nombre con el de puerta, en latín, hizo de él un dios portero. Janus debía aguardar la *janua*; y por eso se le representa con una llave en la mano. Ampere supone que *janua*, la puerta, se llamó

(1) Pictet. *Le culte des cabires en Irlande.*

así de *Janus*, pero fué al contrario; sería una asociación de ideas absurda, incomprensible, falta de lógica, poner á una puerta el nombre de dios. Lo que se ve siempre, y por todas partes, es lo que ha pasado en este caso: la creación del mito por la relación existente entre el término vulgar de evolución y el nombre del dios. La puerta, la entrada de la gruta ó caverna prehistórica es una boca, y debe llamarse como ella en el origen del lenguaje. Por la boca sale el álito y la respiración; era justo llamarla *jan-a*, janua, ó *at*, *ate*, como en eúskaro, con formas de la espiración. Olvidados después los dos orígenes onomatopéicos de los nombres de dios y de puerta, y al verlos tan iguales, se establece la relación y surge el mito. ¿Qué relación podía tener *Janus* con janua? La de ser guarda de la puerta, protector de la entrada y de la familia que habitaba dentro. Es una cosa clara como la luz; todavía se dice hoy, la boca de la caverna ó de la cueva. *Mouth* inglés, *mund* alemán, vienen de *am-at*, otras formas de la espiración: el latín *porta*, de *ab-er-at* (*aperire*) (*abertura*): las dos onomatopeyas del soplo y del calor, designando *boca*, por donde sale el soplo de la vida. ¡Y qué cosa tan singular! *Jano*, el dios del Janículo, tan próximo al Vaticano, donde está la tumba de San Pedro representado con las llaves de las puertas del cielo, era también un portero celeste: «*Cælestis janitor aulæ*» como dice Ovidio (1). Se representaba á Jano con dos cabezas, pero en un principio había tenido cuatro. El Jano *cuadrifronte* quedó tradicional. Miraba á los cuatro puntos cardinales del espacio, como símbolo de su origen aéreo de dios del soplo, del vien-

(1) Ovidio, Fast. 139.
El apellido *Barjona* de *Cphas* ó Pedro no deja de ser chocante también.

to, del espíritu, «que donde quiera sopla, como decía Jesús, mas no se sabe de dónde viene ni á dónde va.» A estos cuatro puntos señalaban los sacerdotes etruscos con sus bastones, describiendo en el aire una cruz en que quedaba comprendido el universo, después de marcar los cuatro nacimientos del soplo ó de los vientos. *Jan-us* es, pues, en efecto, la forma más antigua y mejor conservada en su simplicidad primitiva, del soplo y de su significación original. Es un dios aire como Juno.

Jano, según Macrobio (1) fué primitivamente el sol. Esto quiere decir, que como todos los grandes dioses, el espíritu universal fué adorado en su más brillante manifestación, lo mismo que *Jana* ó *Diana*, su forma femenina, fué representada en la luna. El carácter guerrero que se atribuye á *Jano Quirino*, el sol armado de lanza, es fácil de comprender, lo mismo que el de todos los dioses soles, *Marte*, *Palas*, *Odin*, por su lucha contra las tinieblas. Una vez considerado dios de la guerra, era natural que las puertas de su templo, llamadas también puertas de la guerra, se cerrasen en tiempo de paz, no porque su culto fuese inútil, ó por impedir que la guerra saliese, como se ha supuesto, sino para indicar que las modestas funciones de portero que el vulgo le atribuyera, cedían ante la ocupación, más apremiante, de la guerra.

En cambio, las puertas del templo de la diosa *Horta* ó *Hora*, (Ha-er), esposa de Quirino, quedaban siempre abiertas.

Hé aquí, ahora, un grave error de Ampere (2), que prueba la falta de método que hubo en mitología, y la

(1) Macrob. Sat. 19.
(2) Ampere. *Hist. Rom. á Rome*, T.º I., pág. 243 en su nota 3.ª

necesidad de las etimologías para poder formar juicios acertados en la interpretación.

«Es preciso desprender, dice él, esta idea primitiva de Jano Quirino, el sol armado, de la idea que se formó posteriormente del dios sabino, como del principio supremo de las cosas, del Dios de los dioses, tan pronto atribuyéndole la creación del mundo, como asimilándole al cielo ó al caos.»

Nuestros lectores habrán comprendido ya perfectamente, que debe ser lo contrario; es decir, que Jano, antes de ser Quirino, guerrero y *dios-sol*, había sido ya todas estas cosas: principio supremo, Dios de dioses y creador, en el mero hecho de llamarse *Jan*. Los demás atributos vinieron por añadidura, en fuerza de la asociación lógica de las ideas. *Jan-us* es el verdadero Dios antiguo por excelencia; la tradición no se equivocó afirmándolo así. *Jan* es la forma primitiva que dió origen á todos los dioses del soplo ó del espíritu: *Jaun*, *Jao*, *Jama*, *Homa*, *Dyaus*, *Jehová*, *Jovis*, *Juma*, *Jum-el* de los lapones, etc., etc.

¿Cómo se conservó esta forma, la más sencilla de todas, entre los sabinos? Por la misma razón que las formas zoológicas primordiales se conservan al lado de las que han hecho su evolución.

Por lo demás, el epíteto *Quirinus* es el mismo nombre *Kiros*, latinizado, sol, *(ha-er)* de que hemos hablado ya, confundido con el término sabino de evolución vulgar, *lanza*.

Saturno, el dios latino, es un dios pacífico; por lo menos, entre los romanos, su reinado pasaba por haber sido la edad de oro. Pero el carácter principal de Saturno es el de ser un dios agrícola, el inventor de toda clase de cultivos; el dios *Sterculus*, el que hizo conocer el uso del estiércol, ó mejor dicho, el estiércol mismo, en los primeros tiempos; idea con que

no podían transigir los primeros apologistas cristianos: ¡Cómo! haberse degradado hasta el punto de adorar el estiércol! Pues sí; el hombre llegó á ver á Dios en la materia infecta que sirve para el abono de las tierras, dando en esto prueba de tener un sentido profundo de la naturaleza. El estiércol fué en el concepto primitivo, la materia encantada y misteriosa, á pesar de su aspecto repugnante, en que iba envuelto el calor creador y su fuerza productora. ¿Por qué no ver en él una manifestación del espíritu universal? ¿Por qué no respetar y tener por divina, una cosa tan útil, tan benéfica, tan provechosa, sin la cual no podía esperarse alimentación ni subsistencia? ¿Acaso no estaba Dios en ella, como en todo, y más que en todo, porque en ella estaba contenida la virtud generadora, el desarrollo del germen, la vida de las mieses? ¿No era la residencia de las divinas y misteriosas elaboraciones del poder creador?

Saturno fué, por consiguiente, en el origen, el símbolo de la fuerza productora de la tierra y del crecimiento vegetal, y su nombre debe participar de las dos onomatopeyas que envuelven estos sentidos.

Un término de evolución parecido, en la lengua latina: *sator*, el sembrador, ha hecho que se hiciese derivar de él el nombre de Saturno, sin hacerse cargo de que aquel término es muy posterior al nombre del dios, porque la asociación de ideas ha tardado más en llegar á expresar la idea de siembra, que las ideas de soplo y de calor. El desconocimiento de la ley de evolución en el lenguaje y en el pensamiento humano, ha sido causa de todos estos errores.

Saturno que también se escribió *Sœturnus*, tuvo que ser necesariamente en el origen: *Ha-t-er* ó *Ja-t-er*; después, mojando la aspirada, *xa-t-er*, y por último *Satur-nus*, con esta *n* unida á la desinencia del nomina-

tivo, regla fonética del latín, en la mayor parte de los nombres de los dioses.

El término *Sator* ha venido también de las mismas onomatopeyas, como una consecuencia más lejana, producto de la asociación de ideas. Se llamaba *Ha-ter* la producción, la fecundidad, el crecimiento del grano, el *grano* mismo; todavía esta palabra, grano, lleva en sí las onomatopeyas; era natural que se llamase también así, al que depositaba el *germen* en la tierra, asociándole, de este modo, al acto creador; por esto se llamó *sator* al que siembra, porque era una función casi divina, pero el nombre de la divinidad existía ya.

La hoz de Saturno, de que se ha hecho la hoz del tiempo, en una época en que estuvieron de moda las elegorías abstractas, y cuando se quiso ver en Saturno, la personificación del tiempo, no era en un principio más que un instrumento rústico, que el dios llevaba como símbolo de su poder productor.

Las saturnales son fiestas en recuerdo de la igualdad primitiva; de un tiempo en que todos los hombres eran libres; en que no había esclavos; en que no se conocía seguramente lo *tuyo* y lo *mio*; en que la cuestión de la propiedad de la tierra no existía; en que reinaba la alegría, fruto de las apacibles costumbres que inspiraba la agricutura en común y de las pocas necesidades. El reinado de Saturno es la agricultura; pero no es todavía la propiedad. Si es que hubo en el mundo una edad de oro, fué ésta, á no dudar. ¡Quién sabe, si nuestra perturbada sociedad tendrá que volver algún día, á encontrar el reinado de Saturno!

Ops, la esposa de Saturno, tuvo también en latín un término de evolución idéntico: *Opes*, la riqueza, ó las riquezas, porque no tiene singular. Desde luégo pudo notarse, no sólo la analogía del nombre, sino que la significación convenía bastante á la esposa del dios

agricultor, siendo la agricultura, entonces, única fuente de prosperidad y de riqueza. De esto, á identificar *Ops* con *Opes*, no medió reflexión, y los comentadores lo admitieron todos como cosa corriente. Diremos más adelante lo que era *Ops*; veamos ahora lo que es *Opes*, y por qué se parecen tanto estos dos términos de la evolución, que no debieran haberse confundido nunca.

La única riqueza en los antiguos consistía en ganado. Busquemos una lengua, ahora, en que riqueza y ganado se expresen con el mismo nombre: *aberea* es el término onomatopéico eúskaro con que se llama genéricamente toda clase de bestias; y *aberatza* es un hombre rico, es la riqueza. *Aber*, por consiguiente, sin articular y sin abundancial, fué en el origen, el término genérico de ganado ó *bestias* que, constituyendo el bienestar ó la prosperidad de una familia, llegó á significar por asociación de ideas, riqueza. *Aber*, tuvo que ser por precisión, nombre onomatopéico: *Haber*, indicando en un principio toda clase de criaturas, seres vivientes, ó con principio de vida por el soplo y el calor, quedando reducido, después de establecidas las diferencias, á expresar en eúskaro, solamente el ganado ó las bestias, y la riqueza que es su consecuencia. Por otra corriente evolutiva, el alemán hizo de las mismas onomatopeyas su nombre de ganado, *heerde*, y el inglés, el suyo de *vermin*. Ahora bien; *Aber* ha pasado á *Oper* y *Opes* de un modo normal, por la confusión que en los primeros tiempos de la lengua latina hubo entre los sonidos *r* y *s*. Tal fué también la evolución lingüística de *Ops*, aunque arrancando de la idea superior de espíritu universal.

Saturno es, acaso, la única gran divinidad aportada á Italia por los latinos, porque todas la demás, ó son pelásgicas, ó se confundieron con éstas, antes de ser adoptadas por los sabinos y aparecer en Roma. La

mitología latina estaba empobrecida; compuesta únicamente de pequeños dioses que presidían los menores detalles de la vida. Era una especie de fetichismo espiritual, sin representaciones materiales. La ninfa *Juturna*, amada de Jano, nos ofrece una prueba de la forma anterior del nombre de Saturno: *Juturno*, *Jaturno*, Ja-t-er-nus.

JÚPITER.

«Júpiter fué el primero y el último, el principio y el medio; de él provinieron todas las cosas. Júpiter fué hombre y virgen inmortal. Júpiter es la *llama del fuego*, la fuente del mar; Júpiter es el sol y la luna; Júpiter es rey; él sólo creó todas las cosas. Es una fuerza, un dios, gran principio de todo; un solo cuerpo excelente que abraza todos los seres; fuego, agua, tierra, eter, noche y día, y *Metis*, la primer engendrada y el amor seductor. Todos estos seres están contenidos en el inmenso cuerpo de Júpiter.»

Tal es Júpiter en los himnos órficos.

«Cuanto es, fué y será, estuvo en un principio contenido en el fecundo seno de Júpiter. Júpiter es el primero y el último, el principio y el fin; de él provienen todos los seres.» Así cantaba Orfeo, según Proclo.

Júpiter es Brahma, es *todo*. No hay en este panteismo colosal y serio, nada que indique esa noción sentimental de *padre*, que últimamente se le ha querido atribuir por la etimología.

Max Muller es uno de los primeros que han ideado esta interpretación del nombre de Júpiter: dios padre, ó padre celestial.

Veamos si tiene fundamento:

Se dice que Júpiter pudo ser en sanscrito Dyaûspitar; después, perdiendo la *D* eufónica y la *s*, Yúpiter

y Júpiter. Pudiera ser; pero es preciso estudiar antes esta palabra *pitar*, sanscrita, de la que nadie se ha cuidado más que para decir, que hay una raíz *pa*, que significa engendrar, proteger, alimentar. Esto probaría ya que la forma latina *pater* es más antigua y mejor conservada que la sanscrita *pitar*, que supone una degeneración de la raíz. Pero las raices, estudiadas como se han estudiado hasta ahora, suelen engañar mucho. Por nuestra parte, no creemos en esa raíz *pa*, por lo menos, en su aplicación á los nombres de *pater* y *pitar*. Es muy sabido que hay dos corrientes de evolución expresando los nombres de padre con las onomatopeyas de la espiración *ab* y *at*, articuladas *aba* y *ata*, con muy pequeñas variantes en multitud de lenguas. Estas dos espiraciones unidas, del mismo modo que han llegado á formar nuestras palabras, *abad* y *abate*, guardando siempre su significación de padre ó protector en cierto sentido, dieron lugar también á eso que se ha considerado raíz *pa* ó *pat*, y que no es tal raíz primitiva, por más que en muchas palabras conserve el significado de las onomatopeyas. A este *pat*, producto de la unión de las dos espiraciones, se añadió la onomatopeya *er*, indicando el generador, el productor, el fecundante; y de este modo se formó naturalmente un término mucho más expresivo, *pat-er*, que los otros de *aba* y *ata*, que quedaron relegados á otras razas. Nótese, que en todos los derivados europeos predomina esta forma *pat*, sobre la forma *pit*, que no es más que sanscrita: zenda, *patar*, griego, πατηρ, latín, *pater*, gótico, *fadar*, etc. El irlandés, *athair*, es el que ha puesto únicamente la onomatopeya del calor después de *at*, simple onomatopeya del soplo, en lugar de la compuesta *pat*.

Ahora bien; ¿cómo puede darse en latín, la forma *Júpiter*, con el significado de padre, siendo así que es